

## **SESIÓN NECROLÓGICA DE D. PEDRO MANUEL BLASCO HUELVA**

Ilmo. Sr. presidente de la Real Academia de Medicina de Sevilla, Ilmos, académicos, autoridades, amigos, señoras y señores:

### **Mi padre**

Cuando una persona fallece se cierra un ciclo de vida, nunca es fácil, a veces es tremendamente difícil, pero cuando el dolor afloja esa vida transmutada aparece de nuevo y se deja ver en las personas amadas y cercanas. Es importante que esos ciclos se cierren bien, en paz. A veces es cuestión de suerte, pero siempre es cuestión de amor.

Cuando eso ocurre y si uno está atento a las pequeñas cosas, puede ver como ese ciclo se convierte en una espiral de vida que lo envuelve todo para bien.

Mi padre completó su ciclo en paz. Por eso hoy estamos aquí hablando de su vida, que no de su muerte, por eso, lo primero que queremos hacer desde nuestra familia es agradecer a la Real Academia de Medicina, su segunda casa, la oportunidad de recordarlo en vida.

Déjenme que les hable un poco de nuestro padre en casa.

Mi padre era el segundo de cuatro hermanos, Luisa, Pedro, Antonio y José Luis, hijos de León y Luisa y si tuviera que decir algo de mi padre con respecto a mis abuelos es que mi padre fue León de padre y Luisa de abuelo. Rigor, disciplina de padre, ternura infinita de abuelo.

Y si mi padre me contó aventuras con sus hermanos eran las vividas en la hermandad del Calvario, desde el capirote doblado en el naranjo de la entrada de Mateos Gago a las cruces del tío Pepín portadas de vuelta por medio tramo Blasco. De ahí nació la vinculación de nuestra familia con la hermandad de la que mi padre era número 1 al morir. “Eso lo único que te indica es que eres muy viejo”, me decía.

En casa somos seis de familia, durante muchos años siete. Mi madre, Ana María, mi padre, mis hermanas Ana, María José y Rocío y quien les habla, y digo que muchos años siete porque casi siempre tuvimos perro, uno o varios. Fue él quien nos inculcó la afición, el amor y el respeto profundo por los animales. Todos los que tengan perros aquí saben a lo que me refiero. El respeto profundo a los animales te enseña a vivir de otra manera y eso nuestro padre nos lo inculcó desde pequeños.

Antes que medicina mi padre empezó a estudiar veterinaria en Córdoba, pero pronto volvió, no se sabe muy bien a día de hoy si por la falta de vocación veterinaria, por la confusión que le provocaba Córdoba o por una combinación de ambas, el caso es que poco tiempo después empezó medicina en Sevilla.

Su primer trabajo llevó a mis padres a vivir a Cáceres cuando empezó en el Instituto Nacional Antipalúdico en Naval Moral de la Mata donde contribuyó a intervenir sobre el último foco de paludismo activo en España en el Rosalejo. De todas esas cosas uno se entera con el tiempo cuando crece, cuando éramos pequeños su trabajo se traducía en que en casa siempre vimos a mi padre como un médico raro. Raro porque no tenía pacientes: no tenía consulta, no operaba y las pocas veces que lo veíamos en el hospital, siempre era en un despacho, eso sí, nos obligaba a hacer cosas muy raras como echar gotas de lejía a las

lechugas, lavarnos las manos con frecuencia y hablarnos mucho de una cosa que llamaba vacunas y que yo, personalmente, odiaba por lo que suponía de pinchazos cada vez que se nombraban en casa.

A mi, por ser el mayor quizás, siempre me llamó mucho la atención que de vez en cuando, y casi siempre en verano, lo solían llamar del trabajo y se tenía que ir, la mayoría de las veces a Ceuta o Melilla. Decía que era el cólera.

Les puedo contar, ahora que ya no tiene importancia, que alguna vez me llevó al colegio en el coche oficial de sanidad que conducía Paco, un 850 azul con un megáfono en el techo y la leyenda de sanidad en la luna trasera, a mi padre no le hacía gracia, me consta por la cara que me ponía, pero es que a veces perdía el autobús del colegio. Ya de mayor un día me contó que lo usaban para promocionar la vacunación en zonas rurales. Circulaba por los pueblos de la provincia pregonando por el micrófono: “vacúnese contra la polio”. De hecho no era raro, me contaba, que se le acercaran señoras del pueblo a preguntarle “¿a cómo dices que está el pollo niño?” fueron sin duda tiempos de epidemiología de bota, de intervención, como describe Javier García León en su precioso in memoriam de la SEE.

Paludismo, Cólera, poliomienlitis, meningitis, SIDA peleadas a pie de obra....mejor no les cuento lo que decía mi padre cada vez que veía en la televisión a Fernando Simón hablar del COVID. Querido Ignacio, que bonito tu obituario de mi padre, y del metro y medio de separación como medida de prevención... años de amistad y solera epidemiológica.

Una vez presencié como le contaba a mi madre la bronca que había tenido con un obispo (creo que era del Palmar) porque le había cerrado un pozo...que al parecer era milagroso, milagroso pero insalubre decía mi padre ¿los médicos se dedican a cerrar pozos? Lo que les digo, era un médico muy raro a los ojos de un niño.

Tengo que confesarles que tardé un tiempo, quizás demasiado y ya como médico, en darme cuenta de que mi padre no se dedicaba a la enfermedad, se dedicaba a la salud. NO curaba, prevenía, pero sobre todo, intentaba educar en salud, a la población y a sus compañeros. Con los años me he dado cuenta de que mi padre, ese médico raro que yo veía de niño, ha marcado mi ejercicio de la medicina profundamente. En los fines de semana que acompañé a mi madre he tenido oportunidad de leer muchos de sus trabajos y reconocer en ellos un denominador común: la interdisciplinariedad como forma de trabajo. Se llama legado y ser un adelantado a su tiempo.

Cuando en 1992 llegué a Valme como residente, y seguro que esto lo puede confirmar mi hermana Maria José, enfermera de UCI también en ese hospital, al llegar a los quirófanos el primer día todas, o casi todas las enfermeras del bloque quirúrgico vinieron a preguntarme si era el hijo de Don Pedro, el profesor que durante la carrera las llevaba a ver las fábricas de yogur para entender el proceso de pasteurización y que era tan simpático. Cuando me lo describieron como simpático me hicieron dudar... pero, aparte la broma, fue un inmenso orgullo ser recibido así en un hospital cuando eres novato.

Años después esa promoción celebró su cincuenta aniversario, y mi padre, ya mayor, fue uno de los dos profesores invitados al acto. Y es que a mi padre le apasionaba la docencia, dio clase a enfermeras, médicos y

farmacéuticos y tuvo el mérito de llegar a ella desde fuera, desde la práctica médica, cuando tuvo algo que contar además que enseñar. Siempre llevó a gala hasta el final de sus días haber sido decano de la Facultad de Medicina.

Pero si en familia hemos vivido, y nunca mejor dicho, una pasión de mi padre fue Sanidad, y digo vivido literalmente porque en 1978 nos mudamos a vivir al edificio de la entonces jefatura provincial de Sanidad en Luis Montoto. Muchos años dedicó nuestro padre a esa tarea y mucho años vivimos en un edificio con una sola familia como vecinos, los Ferrand...ya les digo, todo raro.

Ya éramos mayores en casa cuando tuvimos que abandonar sanidad, evidentemente nosotros no sabíamos que el cuerpo nacional de sanidad se extinguía y que la sanidad en España estaba cambiando, solo supimos que de un día para otro tuvimos que irnos de Luis Montoto a un piso en la calle Castelar buscado de prisa y corriendo por mi madre.

Ahí fui testigo, sin saberlo entonces, del proceso de reinversión profesional de mi padre. Debería tener alrededor de 52 años cuando se presentó a la jefatura de sección de preventiva en el HU Virgen Macarena y todos nosotros lo vimos estudiar (y refunfuñar) hasta el día del examen como uno más de nosotros.

Les he intentado describir a grandes rasgos como la vida profesional de mi padre se tradujo en casa, como sus hijos, vivimos en casa su profesión, pero no quiero acabar sin hacerles algunos apuntes más sobre él.

Si como médico ya les he dicho que fue raro, como paciente fue el médico más típico del mundo. Cuando una diverticulitis se las hizo pasar canutas se mostró como el médico más al uso que uno pueda conocer con esa mezcla tan típica que tenemos los sanitarios de sentirnos invulnerable (esto no me puede

estar pasando a mi) a la vez que asustadísimos porque sabemos todas las cosas malas que nos pueden pasar. Ahí sí, ahí mi padre fue un médico típico. Eso sí, con tesón aguantando 43 días en la UCI consciente y las curas después en casa. Salvador Morales padre, Pepe Pérez Bernal, Rafael Arroyo, Jose María Morales y Enrique García Enrile lo sacaron adelante, esa es una larga historia de tesón... de mi padre y de quienes lo cuidaron. Gracias.

Mi padre es bético (porque eso, decía, es para siempre). Nadie es perfecto. Pero como sevillista y oveja negra de la familia les diré que todas las finales de mi equipo, que como todo el mundo sabe, han sido muchas en los últimos años, se veían en casa de mi padre. Y mi padre felicitaba a los sevillistas de la familia. Hay muchas maneras de enseñar tolerancia, de enseñar a respetar al otro. Y ese respeto nunca estuvo reñido con el proselitismo verdiblanco activo entre sus nietos. Alguno se ha resistido, pero somos muchos menos que los verdiblancos en casa.

Mi padre tuvo pocos amigos, pero sí buenos, Ignacio, Rafael, Pepe, Paco, Salvador... algunos de ellos creo firmemente que pertenecieron a una era pionera de la medicina sevillana moderna. NO hablaba mucho de ellos, como de casi nada, pero los quería a lo soriano. La última feria, de hecho, no se perdió la cena del pescaito en la isla, sus nietos lo acompañaron en la silla de ruedas y lo recogieron al terminar, cualquiera diría que barruntaba que ya no habría más ferias en un tiempo. Y entre sus amigos, nuestro amigo, sigue estando Miguel, Miguelito. Para que todos se hagan una idea, Miguel era la extensión manitas de mi padre en casa, en todo lo demás, uno con él.

La vida te sorprende siempre y conocer a mi padre abuelo fue una de las grandes sorpresas de mi vida....¿dónde estaba ese hombre? Niñero, divertido,

follonero cuando hacía falta, dulce (¡mi padre dulce!). Yo había visto a mi padre enternecerse con los años: donde yo tenía que pedir por triplicado con plan de vuelo el coche, mi hermana pequeña, Roció, le decía simplemente “papá que te quedas sin coche!” y mi padre se reía... pero lo de Don Pedro abuelo fue una de las más grandes y agradables sorpresas que me ha dado la vida. Que verdad es que uno nunca conoce del todo a su padre. José Manuel, Ana, Pedro, Javier, María, Macarena, Paula, Rocio, Jaime, Carmen y Antonio disfrutaron en mi casa de un abuelo con mayúsculas fueron sus currileros... y de una abuela que se encargaba de todo, que también hay que decirlo.

En los últimos años mi padre nunca tuvo miedo a hablar de la muerte, la veía como algo inevitable y como una parte de la vida. De eso hablamos más de una tarde mi padre y yo mientras veíamos películas del oeste. NO quería morirse, pero me decía “con más de 80 años hay que pensar que la probabilidad de morirse es muy alta, no pasa nada, es así”.

Se deterioró lentamente y NUNCA le escuchamos un lamento (protesta alguna, como cuando mi hermana Ana le daba la cena que le obligaba a tomar entera, pero lamentos no) se adaptó a lo que venía sin estridencias, si hubo una procesión que llevar siempre la llevó por dentro y ese hombre distante, siempre en sus cosas, enfrentó sus últimos tiempos con una serenidad trabajada, estoy seguro, interiormente, rumiada y asumida, como era él.

En esos días aprendí que el amor entre hermanos permanece, puede no ser explícito, sobre todo si eres Blasco, pero está. Aprendí de la lealtad a la familia, gracias, tío Antonio, gracias tía Luisita, seguro que os estáis riendo ahí arriba mi padre y tu al oírme decir esto.

Termino.

Cuando tomó posesión como académico de número en 1983 lo hizo con el uniforme de sanidad, cuando el cuerpo de sanidad desapareció la academia se convirtió en su casa. Su última actividad profesional fue aquí, estuvo acudiendo a ella de forma regular mientras le fue posible y cuando ya no pudo, siguió atento a todas las actividades de esta docta casa. Por eso es tan importante para nuestra familia haber podido hablar de su vida aquí en esta su casa.

En nombre de toda la familia, Gracias

Sevilla 17 de marzo de 2022